

GUERRA DE VALORES EN PETARE: TRABAJAR CON ESOS MUCHACHOS QUE NADIE QUIERE

En el barrio más grande de toda Sudamérica, en uno de sus sectores más frágiles y violentos, existe una experiencia de aula comunitaria que busca formar a niños que han quedado fuera del sistema escolar. Con una educación que subraya la promoción de la tolerancia, la comunicación y el manejo de conflictos, la Fundación Luz y Vida, intenta proteger a esos niños que se encuentran en situación de riesgo. La labor no deja de ser titánica porque en ese lugar “hay que encomendarse a Dios si tienes un niño varón y está comenzando su adolescencia”.

Héctor Bujanda

hectorbujanda@yahoo.es

Periodista y novelista, nacido en Caracas. Con Estudios Avanzados en Literatura Comparada de la Universidad Autónoma de Barcelona. Fue jefe de información del diario El Nacional en las áreas de Espectáculos y Política, y coordinador editorial de la Revista Exxito. Ha colaborado en diversas publicaciones nacionales e internacionales como en Caracas, Veintiuno, Proceso, Plátano Verde, 2021 y Plaza Mayor. Su novela La última vez fue merecedora del Premio II Bienal de Novela Adriano González León 2006. Actualmente da clases en la maestría Comunicación para el Desarrollo de la UCAB.

De los tantos cuentos y situaciones que Carmen vive y apila diariamente en su memoria está el del día en que quiso sacar a los alumnos del aula para dar un recorrido, escaleras abajo y escaleras arriba, por los diferentes linderos del barrio. La actividad estaba pensada para que todos los muchachos supieran y reconocieran de dónde provenían y lo que era capaz de decir, cada uno, sobre su lugar de vida. Ella da clases a niños entre 6 y 9 años de edad, en un sector llamado Los Topitos, un apretado conglomerado de ranchitos sin pintar donde viven unas 200 familias, que se extiende a lo largo de una empinada escalera que sirve de pasaje a sectores más grandes del barrio, como El Tanque, 24 de Marzo y Julián Blanco. El trabajo titánico de Carmen consiste en recuperar, con herramientas pedagógicas centradas en la comunicación y las habilidades narrativas, el tiempo perdido de los niños que tienen severas dificultades para insertarse en el sistema escolar. Trabaja enteramente sola en un aula de unos 8 metros de ancho por 15 metros de largo, que ella se esmera en cerrar a doble llave, una vez que todos los niños han ingresado al salón de clases.

Esa mañana tomó el juego de llaves, destrabó la cerradura y les dijo a los muchachos que fueran saliendo uno a uno. En las primeras vueltas estuvieron tratando, entre todos, de establecer aquí y allá, el lugar exacto que divide a un sector de otro, una operación que sólo pueden realizar aquellos que han interiorizado desde muy pequeños las fronteras invisibles de su barrio. Un portón cualquiera, una platabanda, el cartel hecho en cartón crudo donde se ofrecen servicios de pedicura, un rancho de donde proviene, día y noche, un portentoso y pegajoso sonido musical, una bifurcación de la vía, a veces sólo una atmósfera, unos rostros, unas armas... Todos esos indicios menores se convierten en verdaderos hitos de un mapa que a primera vista parece imposible de descifrar.

Uno de los niños, en el recorrido, se fue poniendo renuente a continuar. No alegaba nada, simplemente le pedía a la maestra que volvieran al salón de clases, que no quería seguir. La agarraba de las manos con fuerza, empezaba a sudar incontrolablemente, se resistía a caminar. Cuando finalmente el grupo desembocó en un lugar llamado El Parquecito, donde se junta una cancha de básquet y un estadio de softbol, en el que sólo los perros, en manada, suelen pasearse libremente en las mañanas, el niño de siete años se despepitó y dijo lo que tanto le preocupaba: "Maestra, vámonos. Aquí me van a matar. Por aquí vive la familia del asesino de mí tío, son unos malandros. Me van a matar, maestra, me van a matar, ¿no entiende?".

El Parquecito es, por una extraña y azarosa geografía, un lugar perfecto para esconderse. Tiene innumerables pasadizos que crecen a los bordes del estadio de pelota y se pierden en el abigarrado mundo vertical del bloque y del zinc. Es un lugar peligroso, si los hay, en todo el barrio Bolívar, allí los malandros se sienten tan cómodos que han perdido cualquier escrúpulo ante la comunidad. Se les consigue con pistolas y armas largas con miras infrarrojas, se agrupan en una esquina o desfilan

una y otra vez por la calle, confundiéndose con la manada de perros que se olisquean y ladran incansablemente. Es la guarida de El Cubo, de Goyo, del hermano del Chino, quienes se exhiben, ante los que se atreven a caminar por allí, como los verdaderos poderosos del barrio.

El niño parecía muerto de miedo y puso muy nerviosa a Carmen, que trataba de tranquilizarlo demostrándole que la maestra es una referencia aún imbatible dentro de la comunidad: “Estás con la maestra. Ellos no nos van a hacer nada. Tranquilo, tú andas conmigo. Ellos no se van a meter con nosotros. Ya verás”. Pero un malandro tiene mirada de *velociraptor* y una memoria infinita para la venganza y el odio. De manera que el niño dejó de mirar el entorno, puso sus ojos en las nubes, lejos en el cielo, en Dios. Carmen mantenía a duras penas la naturalidad e intentaba continuar la actividad con el grupo de niños. Los malandros, con automáticas en las manos, empezaron a acercarse, buscando un rostro en especial. Carmen seguía actuando, es una habilidad que en el Barrio Bolívar y en todo el *universo Petare* se transmite por la leche materna y se lleva muy adentro en las venas para poder sobrevivir: se actúa siempre en los peores momentos, se sobrelleva el drama y la tragedia como si en realidad todo fuera un juego de niños...

En situación de riesgo

Detrás de sus lentes de montura metálica y su pelo plateado hay 12 años de trabajo y de fortalecimiento institucional en las diferentes comunidades de Petare. Gracias a su activismo y compromiso con la defensa de los derechos de la mujer, del niño y del adolescente en los sectores excluidos de la sociedad, Gloria Perdomo participó en la creación de la Fundación Luz y Vida, una institución que hoy mantiene un trabajo permanente en 24 barrios, precisamente con el programa de aulas comunitarias para la atención de niños no escolarizados en situación de riesgo, la experiencia educativa que en el sector Los Topitos desarrolla la maestra Carmen.

Preocupada, como educadora, por los altos índices de deserción escolar y de exclusión educativa en Petare, Gloria ha hecho a través de la Fundación Luz y Vida numerosas intervenciones con dineros privados y públicos para enfrentar, a través de los pequeños pero indispensables detalles, el luctuoso y trágico cuadro del barrio más grande de toda Suramérica. Las cifras modestas hablan de que en el *universo Petare* conviven de manera contigua unos 483 barrios, donde habitan casi un millón de personas –más de 200 mil son menores de edad–, y ante el incremento vertiginoso que ha tenido en Venezuela el problema de la inseguridad, Petare se ha convertido en una perversa condensación de todos los males que originan la violencia en el país: falta de una institucionalidad estatal fuerte y eficiente, falta de políticas de seguridad integral, falta de alternativas concretas para la inclusión social, problemas intrafamiliares. El cuadro es desolador, cuenta Gloria con cansancio y pesimismo.

“Hay un recrudecimiento de la violencia en Petare. Los valores tradicionales que eran bandera de la convivencia popular, como la solidaridad y la participación, se han venido perdiendo con el auge de la delincuencia organizada y del narcotráfico. Las comunidades tienen miedo e impotencia ante la violencia. Aquí ocurren entre 36 y 40 asesinatos al mes, y muchas de las víctimas son varones adolescentes. Esto es un drama tremendo, porque prácticamente hay que encomendarse a Dios si vives en Petare, tienes un niño varón y está comenzando su adolescencia”.

El programa de las aulas comunitarias para la atención de niños no escolarizados en situación de riesgo es una prueba de que, ante la inmensidad de los problemas y de la profunda orfandad institucional, algo se puede hacer. La Fundación Luz y Vida, en convenio con las escuelas jesuitas Fe y Alegría y otras instituciones del país como la Universidad Simón Rodríguez y la Universidad Central de Venezuela, viene trabajando desde hace 7 años en la consolidación de una experiencia novedosa: reclutar a niños en el barrio que no se encuentran insertos en el sistema escolar, y prepararlos durante un tiempo hasta que logren conseguir el cupo en una escuela formal.

Carmen, al igual que todas las maestras del programa, es lo que se denomina una promotora o educadora popular, que viene del propio barrio. Ella, conociendo su entorno, tiene la cosa tan clara como el sol radiante y áspero que calienta el techo de su aula, ubicada a unos 120 escalones de la carretera principal de los Topitos:

“Aquí hay mucha violencia juvenil y deserción escolar. Hay falta de cupos en las escuelas, falta de rendimiento en los niños, hay hogares desestructurados, problemas básicos de documentación e identidad. Si los niños quedan fuera de la escuela, perdemos. Reclutamos al niño que no está escolarizado y le damos atención permanente, hablamos con sus padres, trabajamos con un reforzamiento múltiple de los valores, tanto en la escuela como en el hogar. Hay que estar todo el tiempo detrás del niño y de sus familiares. Hemos hecho bajar el nivel de muchachos en la calle, hemos logrado recuperar a niños que estaban a punto de ser captados por la delincuencia. En eso hemos sido efectivos”.

La fórmula parece sencilla en el papel, según explica Carmen, quien tiene en su aula a un total de 15 alumnos: si se logra que el muchacho esté ocupado dentro de una escuela, atendido tanto allí como en el hogar, bajará la tentación de dedicarse a la mala vida. “Pero si el niño toma la calle, se la pasa en la bodega jugando maquinita, hablando con los malandros, tarde o temprano lo reclutarán las bandas organizadas, será mula, será ladrón, será asesino y después lo matarán a balazos”.

Un país en guerra

El apretado resumen que hace Carmen del destino fatal de muchos niños y adolescentes que terminan optando hoy por la delincuencia y el tráfico de drogas

fue el argumento principal para que un joven que vive en La Línea Hueco, llamado Jackson Gutiérrez, que además tiene una peluquería llamada Tazmania en la entrada del barrio, se dedicara a hacer una película casera sobre ese fenómeno tan terrible llamado el “azote de barrio”, es decir, el que con su acción y sus actos vandálicos tiene aterrizada a la comunidad.

La película se terminó a finales de 2005 y se vendió por miles en los mercados informales de la piratería, convirtiéndose rápidamente en un objeto de culto para todos los públicos, incluso para jóvenes clase media y de urbanizaciones alejadas de la realidad petareña. Descarnada y pornoviolenta, al mejor estilo de las *snuff movie*, la película habla de la manera cómo los niños y adolescentes, por falta de oportunidades y alternativas, terminan ingresando en el mundo de las bandas juveniles que trafican y roban en los barrios de Petare. Una realidad que parece un disco rayado a la vista de las crónicas televisivas y periodísticas sobre la delincuencia, que hacen hincapié sólo en las cifras de muertos y refuerzan la idea de que en esos barrios sólo hay delincuentes y asesinos. Pero jamás esa realidad había sido contada por sus propios protagonistas, por gente del propio barrio con cámara en mano, con sus códigos, sus formas de habla y sus perspectivas de vida en un entorno adverso.

La película tuvo tanto éxito que Jackson siguió haciendo versiones mejoradas de la historia, al punto que *Azote de barrio en Petare* ya va por nueve entregas y no existe prácticamente ningún rincón del país, ningún puesto de películas “quemadas”, como se les llama a los productos piratas, que no venda alguna de sus ediciones.

Para uno de los defensores del niño y del adolescente en Petare, José Gregorio Sánchez, quien además tiene un programa de radio en una emisora comunitaria llamada Colectivo Popular Petare, donde promueve los derechos de los menores, estas películas tienen el único mérito de mostrar la parte más oscura de la realidad cotidiana en Petare, pero manifiesta su total desacuerdo con respecto al tratamiento que se le hace al tema: “estas películas son una basura, están hechas para recrearse en una realidad dura, son complacientes con la actividad delictiva y desconocen las alternativas que hay en los barrios, como el trabajo de los cristianos de base y el de las organizaciones civiles, privadas y públicas. En la segunda entrega, matan a cuarenta jóvenes en una cuadra, por ejemplo. Están hechas para escandalizar y ganar fama rápido”.

La aparición de este fenómeno casero llamado *Azotes de barrio en Petare* no es casual ni gratuito. Se podría decir que es un síntoma de los niveles de violencia que están padeciendo las comunidades en Petare. Su auge coincide, además, con un momento de máxima expansión de la violencia en el país, que se traduce en una percepción social que destaca la inseguridad como principal problema de la gente.

Nada más entre 2005 y 2006, la tasa de homicidios se incrementó, según el tradicional informe anual de la organización de derechos humanos Provea, en 23%, y en el estado Miranda, donde se encuentra Petare, la tasa subió en el mismo período 39,61%, muy por encima del escandaloso promedio general. En un diagnóstico sobre

el universo Petare, de 2003, se registra que el 19,5% de las muertes violentas son de niños y adolescentes. Esas cifras hablan de un país en guerra, con más de 17.000 víctimas al año de la violencia, el promedio más alto, por cada 100.000 habitantes, de toda Suramérica, y sólo comparable con los índices de El Salvador y Guatemala, tal como lo describe Ana María Sanjuán, directora del Centro para la Paz y los Derechos Humanos de la UCV.

El problema de la violencia no ha sido fácil de explicar ni por los responsables gubernamentales ni por los tradicionales enfoques sociológicos, dado que desde 1998, con el presidente Hugo Chávez a la cabeza, se inició un proceso radical de cambios institucionales y políticos que ha incidido en los índices de pobreza, en la disminución de la tasa de desempleo y en el aumento considerable del poder adquisitivo de la gente, pero lo que nadie sabe explicar con claridad es por qué, si han mejorado las dimensiones socioeconómicas del país, se sigue incrementando la violencia y la inseguridad. Sanjuán explica su visión de este asunto:

“En Venezuela hay un conflicto social estructural que no se ha modificado con el cambio de hegemonía política. Desde mediados de los años 80, cuando se rompió el acuerdo de país, se destapó el conflicto. La retirada de la acción del Estado, la criminalización de los sectores populares, la idea de que sólo el mercado estructura las relaciones sociales no sirvió para resolver los conflictos, ni el incremento del uso ilegal de armas, así como tampoco el tráfico de drogas. Hay una invisibilización de un problema que no tiene posibilidades de resolverse a corto plazo. La narrativa que tiene el Gobierno del problema es que todos los jóvenes pobres son buenos y los pervierte el narcotráfico, que es lo mismo que el imperialismo. Se ha sido muy poco eficiente en los últimos años en la tarea de rehacer el Estado y el sistema de convivencia. Estamos en un momento de gran discapacidad institucional, y lo que ha aparecido es una degradación de las formas de violencia por falta de mecanismos de contención. Hay un conflicto intrafamiliar, intravecinal, intracomunitario, y no existen mecanismos de arbitraje. Hemos deslegitimado el papel del Estado burgués, el único que existía, y se ha hecho muy poco, materialmente, para reemplazarlo”.

Construir alternativas

En un contexto tan precario como el de Petare, la guerra de valores se ha venido perdiendo en los últimos años. La calle se ha vuelto un espacio peligroso y en Los Topitos el aula comunitaria que lleva Carmen funciona bajo llave y sólo cuatro horas al día, de 7 a 11 de la mañana. El segundo turno es una tarea pendiente, una posibilidad abierta para desarrollar tareas dirigidas. Han corroborado que una de las demandas del niño es querer estar más tiempo en la escuela. “Aún no hemos conseguido a la maestra, porque tiene que ser del barrio y hay que formarla. Es difícil, porque aquí se

viene a trabajar sola, y a mucha gente eso le da terror. Los niños asimilan muy bien la dinámica, porque sienten que el aula es un lugar seguro, que los atendemos, que hay afecto. Trabajamos con una pedagogía que busca inculcar los valores de la tolerancia, del respeto, de la paz, del manejo de conflictos y de la comunicación asertiva”, dice Carmen en tono reflexivo, una vez que todos sus alumnos han salido como una tromba del aula, disparados hacia sus casas como gatos bulliciosos. Antes de salir, Carmen les recuerda que al día siguiente tendrán una actividad con los alumnos de la escuela Presidente Kennedy, de Fe y Alegría, que inaugura su campaña anual “Un corazón para la vida y la paz”.

Marisela Expósito, profesora de Trabajo Social de la UCV, viene desarrollando con los niños del aula un programa de intervención social que gira alrededor de la promoción de la paz, dado que desde 2005 los tiroteos entre bandas, a cualquier hora del día, se han hecho cada vez más frecuentes.

“Quedé con mis alumnos atrapados en el barrio durante 15 minutos, aterrados por una balacera. Eran las 11 de la mañana. La carga de violencia que se vive en Los Topitos tiene que ver con un modo de supervivencia. Para sobrevivir, tengo que agredir al otro. Son núcleos familiares con muchos problemas concretos, de derechos y necesidades insatisfechas. Eso es exclusión, no tiene otro nombre: gente que duerme en el suelo y bajo un techo de zinc. No hay parejas estables, los niños duermen hacinados. Es un hogar matricentrado, que crea baches en el crecimiento emocional del niño. Es un entorno donde la violencia, la droga y el alcohol actúan de manera activa. Eso es lo que está en la calle y lo que más atrae. Hay banalización y naturalización de la violencia. Sin embargo, si al niño se le construye una alternativa, se le dan opciones, siempre escogerá el camino de la escuela, del trabajo y de la responsabilidad. Él sabe, por experiencia, que el mal camino conduce a la muerte temprana”.

Al día siguiente, a media mañana, hay una congregación de alumnos en el patio central del colegio Presidente Kennedy, donde se realizará la jornada de “vacunación contra la violencia”, un acto donde los niños defienden la paz, leen oraciones contra la violencia, cantan y se reconocen en afectos unos con otros. El Kennedy es una infraestructura única dentro del barrio Bolívar, muy cerca de Los Topitos, que sirve de centro para muchas actividades sociales, incluyendo el plan de alfabetización gubernamental llamado Misión Robinson. Junto al Centro de Diagnóstico Integral que construye el Gobierno Nacional, que aún no está listo, no existe otra edificación suficientemente grande y sólida que dé muestras de la presencia del Estado en el barrio Bolívar.

Carmen confiesa que en Los Topitos no se vive un buen momento, que el barrio está, como dicen, revuelto desde el 28 de diciembre, día en que la madre del niño de 7 años que se resistía a entrar en El Parqucito, se tropezó con el asesino de su

hermano comiendo perros calientes en un puesto de Chacaíto, en pleno centro de la ciudad. El asesino tenía muchos meses fugado, pero ella en seguida lo reconoció, llamó a la policía y lo lograron capturar. Ella piensa que fue un regalo de Dios. Sin embargo, la medida no gustó entre los familiares del asesino, que la amenazan y le advierten que tiene que retirar la denuncia. Ahora debe andar con cuidado, especialmente por esa zona de El Parquécito, que apenas se encuentra a unas 15 o 20 casas de su hogar. La madre del niño tiene una mirada intensa y unas ojeras pronunciadas. Ella está ahí porque ha venido a vacunarse contra la violencia, a apoyar la campaña por la vida que desarrollan los colegios Fe y Alegría y las aulas comunitarias. “Aquí no hay una farmacia, ni siquiera un módulo policial. No puedes bajar hasta acá, y si bajas, no puedes subir. Este es un barrio sin ley”, dice obstinada ante tanta adversidad. Su niño, aunque lo miraron con odio aquel día que bajó el grupo a El Parquécito, aún está vivo, es todo lo que ella tiene y corre con los demás amiguitos a lo largo del patio del colegio. Carmen la mira, Carmen se mantiene impertérrita ante las malas señales que da el barrio. No le queda otra, sabe que su trabajo diario se realiza justo en la frontera entre el bien y el mal, en esa zona de guerra en la que hay que intervenir si se quiere conseguir la paz. Ella mira a sus niños, los regaña, los agrupa en medio del alboroto colectivo. De repente, suelta una frase implacable, enérgica, como si le viniera un ataque súbito de inspiración, acompañada por esa multitud de jóvenes que se agolpa, frenética, en el patio del colegio: “Lo que pasa es que yo trabajo con esos muchachos que nadie quiere, pero que hay que aprender a querer”.